





ASTRAÍA

Nin-Ugarit

La Gran Señora de los Sueños

J. Alfredo Díaz G.

©Copyright 2021 Jesús Alfredo Díaz García.

## Astraía Nin-Ugarit. La Gran Señora de los Sueños.

ISBN-13: 9798747641365.

Independently published, 2021

Precuela de la Tetralogía *Almas Gemelas*.

Novelas que componen la tetralogía:

Primera parte: *Faysal al-Akram el Jeque*. 978-1798729496.

Segunda parte: *Amina y Zábir*. 978-1091023697.

Tercera parte: *La comunión de los ángeles*. 978-1478250432.

Cuarta parte: *Amanón*. 978-1701737587.

Diseño de portada: J. Alfredo Díaz G.

Fuentes tipográficas utilizadas: Mutlu ornamental by Gazoz. EB Garamond family by Georg Duffner; Cormorant family by Catharsis Fonts.

Cubierta y contraportada: Crimson Text by Sebastian Kosch.

El dibujo en la pág 27, de la diadema del Gran Ojo, obra del autor, aparece por primera vez en el tomo 5 de *Amina y Zábir*, 2013.

diazgarciajesus@gmx.com. www.alfredodiazgarcia.com

La imagen de portada se encuentra inspirada en el panel de arcilla cocida modelado en relieve, que representa una figura femenina. Se cree que corresponde a la diosa sumeria-babilónica Inanna/Ishtar. Ubicación actual: Room 56, British Museum, London.

Museum number: 2003,0718.1.

Object Title: Burney relief. «Queen of the Night».

Los nombres de las deidades y su cosmología, que se relacionan en el apartado de «Algunas deidades mencionadas», son extractados de documentos tales como el *Diccionario sumerio-acadio* de Carles Acózar i Gómez, *El Panteón Mesopotámico* de la Ancient History Encyclopedia, de *A Dictionary of Ancient Near Eastern Mythology* por Gwendolyn Leick, también de Wikipedia y otras fuentes en la Web, con el objeto didáctico de facilitar un poco su comprensión al lector y ubicarlo en la trama, sin que tenga que abandonar la lectura para ir a indagar sobre ellos.

Los hechos narrados en esta obra son totalmente irreales, fruto de la imaginación creativa del autor. Cualquier similitud o semejanza con personas de igual nombre que los utilizados en esta obra, bien sean existentes o que hayan existido, así como con posibles acontecimientos y situaciones reales, serán coincidencia fortuita.

Salvo para las citas y cualquier otra excepción prevista en la ley respectiva, queda prohibida toda forma de reproducción por ningún medio y sobre cualquier tipo de soporte físico o digital; así como la distribución, la comunicación pública y la transformación de esta obra, sin contar con la autorización de una manera expresa y por escrito del titular de la propiedad intelectual. La contravención de los derechos señalados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

jad\_01.3.4-21-10.

*Astoraia*

Nin-Ugarit

La Gran Señora de los Sueños.

J. Alfredo Díaz G.

## AVISO

Estos son cuatro capítulos de la novela, como vista previa para evaluación por parte de los lectores.

Han sido eliminadas intencionalmente algunas páginas y contenidos del principio, por lo que esta vista previa no representa el libro impreso.

# Almas gemelas.

## Precuela.

Esta obra es la precuela de la tetralogía *Almas gemelas*.

Cada una de las novelas que la conforma es una mezcla de drama humano con sus miserias y sus grandezas, en la que la nobleza, el valor, el respeto, el desapego y la generosidad son el factor común y se ensalzan y triunfan. Una combinación de hechos novelescos dentro del género de ficción, que abarcan subgéneros como la épica, la caballeresca medieval y el realismo mágico con genios maravillosos y también perversos demonios; situaciones paranormales, leyendas que se entrelazan y difuminan con otras; costumbrismo y también una gran dosis de romance. De amores que abarcan muchísimas existencias y que perviven de una en otra en intrincadas y maravillosas relaciones de vida. Todas con un propósito concreto en común, como lo es la preparación de dos almas gemelas y el ulterior despertar del durmiente para su ascenso en el reemplazo cósmico de los milenios.

Se inician allá por el año de 1076 con el primer título de *Faysal Al-Akram el Jeque*, que relata el numinoso y esperado nacimiento de Amina Alya y la vida de sus padres el jeque Faysal y la mística Farsiris, princesa bizantina y señora de la Gran Hermandad de las Señoras de los Sueños.

Finaliza en época actual con *Amanón*. En ella y sus selvas tropicales se funden en uno el pasado, el presente y el futuro; los opuestos se tocan y los círculos se cierran.

Puedes leer *Astraía* sin conocer las demás de la tetralogía.

También la puedes leer en el orden que le corresponde.

¿Y cuál es ese orden?, te preguntarás.

Para muchos, una precuela va al principio, como su nombre da a entender, ya que es el origen.

Para otros, sin embargo, aunque sea una precuela, el orden de lectura no es el primero, sino el final, ya que su propósito no es introducir al lector en la obra, sino el de aclarar aspectos de la saga, posteriores a su lectura —o de su visualización en el caso de las obras fílmicas—. En esta saga sería después del último tomo de *Amanón*.

En ese caso sí que pasará algo.

Porque, en ese momento, es que podrás comprender por completo una serie de hechos que se mencionarán en las obras de la tetralogía, así como la participación que tendrá un personaje muy relevante que une entre sí a *Astraía* con todas las novelas que la componen y les da la cohesión plena.

No obstante, la leas en el orden que prefieras o en el que llegue a tus manos y la curiosidad te pique no pasará nada. Porque hay una distancia temporal de más de 5170 años de diferencia entre esta novela y la de *Faysal Al-Akram el Jeque*, y de más de 6110 años con respecto a *Amanón*.



## Fin de la tetralogía Almas gemelas.

Con esta obra pongo un punto final a la tetralogía *Almas Gemelas*. Si bien se originó en octubre del 2010 con la publicación de la obra *La comunión de los ángeles*, en realidad la compleja y larga fase creativa y preparativa para una obra de este calibre, que con esta queda compuesta por dieciséis tomos y más de siete mil páginas, comenzó varios años antes.

Antes de que entres a leer esta novela o bien en un respiro en su lectura, te recomiendo que des una revisión en el apéndice a las notas con respecto a aspectos tales como los pesos y medidas y, principalmente, a la datación de las fechas de los años Antes de Cristo, ya que aquí utilizo el signo matemático de menos (–) para indicar los años anteriores al primero de la era *actual*, pero también uso una datación particular que corresponde a la trama de la novela.



# Índice

Fin de la tetralogía Almas gemelas.	9
Personajes relevantes creados para esta obra.	15
Personajes de otras novelas de la tetralogía.	17
CAPÍTULO 1	21
Nindiala de Ugarit	
CAPÍTULO 2	33
Un asesinato alevoso	
CAPÍTULO 3	45
La justicia de Aštraía	
CAPÍTULO 4	59
Los Shemsu Heru	







## Personajes relevantes creados para esta obra.

Nota: Para esta vista previa han sido eliminados nombres de personajes.

Astraía Nin-Ugarit (16) (–4111 al –3928): Astraía la *Señora de Ugarit*. En la mitología griega Ἀστραία Astraía o Ἀστραίη Astraíê (en latín *Astraea*), de estrella (*mul* en sumerio), significa *la estrellada*. Nin es una palabra sumeria que significa señora y también puede ser reina e incluso aplicarse a las divinidades, según el contexto. Como personaje de esta novela, Astraía es hija del dios del cielo An (Anu/Anun en acadio) y de la diosa Nindiala. A la muerte de su madre fue coronada como la 6ª reina de la hermética Gran Hermandad de las Señoras de los Sueños. Ella inicia la tradición escrita de las señoras de los sueños.

En-Kinma Uetyeset-Heru: [*Señor que gobierna o que dirige*] a Uetyeset-Heru. Título para el semidiós Shemsu Hor rey o regente de la ciudad de Uetyeset-Heru en Egipto.

Nebt Kidyanet: [*Señora de la tierra de Dyanet*]. También denominada *iri-ntjr* [la guardiana del dios].

Nindiala de Ugarit (33) (–4128 al –4095): Diosa y 5ª Reina de la Gran Hermandad de las Señoras de los Sueños. De la Casa mística de Ugarit, ciudad donde nació y vivió. Hija del dios Utu y la diosa Nisaba. De su unión con An engendró a Astraía. En Ugarit fue la consejera mayor y oráculo del rey.

## Dioses sumerios.

En el apéndice se presenta un breve listado que recoge algunas de las deidades más relevantes que se mencionan y tienen alguna participación. Su único propósito es el de facilitarte un poco su comprensión como lector, y el de ubicarte en la trama y la cosmogonía que la envuelve, sin que tengas que abandonar la lectura para indagar sobre ellos en otras fuentes. Siempre tendrás la ocasión luego, con más tiempo, para profundizar si deseas investigar.



## Personajes de otras novelas de la tetralogía.

Forman parte de la trama de esta o se mencionan, pero que corresponden a otras novelas anteriores de la saga.

Han sido eliminados de esta vista previa.



Inicios del año 7885 de Ushungal-parsu.

(Año 4095 a. C.)

Ciudad de Dyanet, actual Tanis, Egipto.



# CAPÍTULO 1

## Nindiala de Ugarit

Esa mañana de inicios de enero, la reina Nebt Kidyanet daba audiencia pública para tratar asuntos ciudadanos. Lo hacía en una galería exterior que daba acceso al palacio. Estaba precedida por un atrio, cuyo lado izquierdo era una galería en la que estaban ubicados dos guardias entre cada una de las columnas. En el lado derecho, un par de monolitos centrados entre los pilonos guardaban la puerta de un templo. Un par de guardias cuidaban el acceso a la sala hipetra.

Precedida de una plaza pública con palmeras y árboles diversos estaba la galería de entrada al atrio. La gente esperaba allí a ser llamada en audiencia por la reina. La preferencia en el orden dependía tanto de la relevancia de la persona como de la importancia que tuviera el caso que iba presentar. Los encargados de evaluarlo, seleccionar a los que serían atendidos y controlar el acceso, dieron paso a un grupo de seis personas que fueron precedidas por el encargado del protocolo de audiencias. Los seis soldados que los acompañaban tuvieron que permanecer afuera de la galería, ya que nadie podía entrar armado.

Encabezaba el grupo una mujer joven y delgada con porte real, muy distinguida, que apenas superaría los treinta años. La elegancia y el tipo de su rica vestimenta, así como el llamativo tocado de cabeza que llevaba indicaban, de inmediato

y de una manera muy clara, su condición de extranjera con elevado rango social; algo inusual en aquellas audiencias.

Atravesaron el atrio y el Protocolario hizo una seña para que se detuvieran. Él prosiguió unos pasos más y quedó al pie de cinco escalones. Daban acceso a la galería en la que se encontraba la reina sentada y rodeada por sus consejeros, los escribas, sacerdotes, siervas y guardias. Desde allí, el hombre le informó, de manera suscita, sobre quiénes eran los visitantes y el propósito que traían. Presentó un documento que agarró un sirviente y lo entregó a la reina. Esta le dio un vistazo y ahora contempló con mayor curiosidad a la mujer.

—De modo que eres Nindiala de Ugarit. Estoy al tanto de que llegaste anoche, nada menos que en el magnífico barco real y con sus estandartes. Presentas credenciales de embajadora plenipotenciaria, lo que ya indica muy bien tu alta posición en palacio y la confianza que te tiene el rey. Yo estaba deseosa de conocerte. Sé bienvenida a mi ciudad. Espero que hayas tenido una buena travesía, porque este no es un mes adecuado para navegar por mar.

—Nebt Kidyanet iri-ntjr, gracias por tu interés. El mar no nos fue muy adverso y con ese buque no tuvimos contratiempos en el viaje. Te traigo los saludos de Alim Ensu de Ugarit y un presente que te envía —dijo Nindiala.

Los dos hombres del grupo se adelantaron unos pasos llevando un pequeño cofre cada uno. Dos siervos bajaron y los tomaron. Los colocaron delante de la reina y los abrieron. Los otros se volvieron a retirar. La reina preguntó:

—¿Cuál es el motivo de tu visita a mi ciudad? ¿Tiene acaso algo que ver con el tratado comercial?

—Me dirijo hacia Uetyeset-Heru en donde tengo asuntos que atender con los Shemsu Hor —respondió Nindiala—.

Aprovechando esa circunstancia, Alim Ensu me pidió aclarar contigo un par de puntos importantes en el tratado que está por ser renovado, en lo concerniente a nuestros próximos envíos de cobre y de madera de cedro en particular.

La reina se levantó y avanzó unos pasos. Su atención no estaba en el contenido de los dos cofres, a los que apenas dio un vistazo al pasar, sino que se encontraba centrada en su interlocutora. Se detuvo antes de los cinco escalones que descendían hasta el nivel del piso del atrio, y que estaban flanqueados por columnas en las que también había un par de guardias apostados. La reina dijo:

—Yo no había conocido a una mística señora de los sueños, aunque he escuchado algo sobre ellas; vaguedades, más que nada, y resulta que tú eres una. Se pregona que tienes el don de la videncia y que eres muy inteligente. Por lo que sé, no tienes esposo ni hijos, eres la consejera mayor y también el oráculo personal del rey de Ugarit. Aunque, de acuerdo con la información que me han dado recientemente, parece que eres bastante más que todo eso. ¿No es así?

—No comprendo a qué te refieres, porque esas palabras pueden tomarse en diversos sentidos —respondió Nindiala.

—Que se dice que eres la reina de esa hermandad de mujeres místicas. No sabía que tenían una. ¿Es cierto eso?

—Nebt Kidyanet, yo dudo bastante que nadie de Ugarit te haya dicho tal cosa. Mucho menos que aquí ningún ciudadano te diese esa información tan particular.

—Aquí hay una mística. Parece que no pertenece a las señoras de los sueños, aunque no me queda claro qué diferencia pueda haber entre unas y otras —indicó la reina.

—Sí, estoy al tanto de ella, aunque no ha sido la que te ha podido informar nada sobre mí —dijo Nindiala.

—En este momento, lo de menos es la manera en que yo lo he llegado a saber; pero te aseguro que la fuente goza de toda mi confianza. Te hice una pregunta.

—La escuché perfectamente.

—Entonces, responde, Nindiala.

—Nebt Kidyanet, me da la impresión de que tienes una ligera confusión con respecto a mí.

—¿Una confusión? ¿Cuál puede ser?

Sin que aquella suave sonrisa tan suya abandonase los labios de Nindiala respondió:

—Yo no soy una súbdita tuya ni tampoco estoy a tu servicio, por lo que no me encuentro obligada a responder a las preguntas que yo no considere pertinentes. Ni siquiera el rey Alim Ensu me insiste dos veces para que le diga aquello que yo no deseo decir. Por otra parte, yo te estoy tratando con el respeto y el protocolo que mereces como la reina de esta ciudad y no te he llamado por tu nombre. Yo no estoy aquí a título personal, sino como una embajadora de la ciudad de Ugarit y es el trato que en público espero recibir.

La cara del Protocolario mostraba su sorpresa.

La reina pareció sopesar aquella respuesta. Le dijo:

—Estás muy clara de dónde estás parada y de cuál es tu posición, ¿no? También eres esquiva. ¿Eso te viene por tu parte de consejera o por ser una señora de los sueños?

—Simplemente por ser mujer —respondió Astraía.

La reina no había dejado de observar con interés el tocado que Nindiala llevaba en la cabeza, que para eso era que ella se había acercado, y comentó:

—Es una diadema muy hermosa y llamativa la que llevas. ¿Es tu símbolo como reina de esa hermandad? —Nindiala no respondió y la reina dijo—: Me gusta mucho.



—Tienes buen gusto. A mí también me agrada.

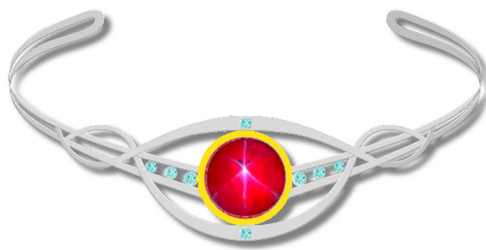
—Diamantes azules y un rubí tan enorme y quizás único, que luce tan perfecto y espectacular, no los tiene cualquier mujer ni hombre. Eso me confirma el hecho de que sí has de ser la reina de esa hermandad, condición que tú no has negado debido a que no puedes mentir. Ello va en contra de tu naturaleza como señora de los sueños, según entiendo.

Nindiala dijo:

—Ni lo he negado ni tampoco lo he afirmado, y el silencio nunca será una respuesta o los muertos hablarían diciendo lo que los vivos quieran escuchar.

—Quizás. Es una observación muy acuciosa por tu parte y muy propia de una consejera sagaz. No había pensado en eso. Esa diadema luce como un gran ojo sobre tu frente.

La diadema estaba formada por varias tiras que parecían de plata, en un diseño entrelazado con volutas. Tenían ocho diamantes de un tono azulado y en el centro formaban un ojo en medio del cual, sujeto por un aro de oro de un color amarillo intenso, a modo de globo ocular destacaba un enorme rubí estrella de un fuerte color rojo sangre de paloma. Para un entendido quedaba muy claro el gran valor que podía tener aquella diadema.



Nindiala preguntó:

—¿Cuál es tu interés en esa circunstancia tan concreta sobre mi condición y sobre mi diadema?

La reina puso los brazos en jarras, se quedó contemplándola nuevamente y comentó:

—Eres directa. Ya veo que no estás acostumbrada a bajar la cabeza. Eso es muy propio de quien ha sido criada como reina. Mi interés es que tengo conocimiento de que esa que llevas no es una simple diadema y símbolo de tu estatus como reina, sino que es también un arma muy poderosa. Aunque ignoro de qué naturaleza ni cómo es que eso puede ser un arma. En todo caso, sería tan solo propia de los dioses.

Nindiala sonrió ahora y dijo:

—Nebt Kidyanet, ya no es necesario que me digas quién te ha dado la información sobre mí: ahora lo sé.

—Supones, querrás decir.

—No lo supongo: ya lo sé con certeza.

—Nindiala...

—Embajadora Nindiala —interrumpió ella corrigiendo el trato que la otra le estaba dando.

La reina sonrió, estiró la mano y pidió:

—¿Me permites detallar de cerca tu diadema?

—Acércate y obsérvala o puedo subir yo.

—Subir aquí es algo que el protocolo no admite y yo tengo que ajustarme a él: lo establecí yo por mi propia seguridad. Durante las audiencias públicas nadie puede pisar esos escalones si yo no lo autorizo expresamente, y no lo pienso hacer ahora, aunque seas una embajadora y reina. Tendrías que haber accedido por otro lugar.

—Seguir el protocolo de seguridad resulta ser una medida muy sana. Lo que no entiendo es cómo vamos a conversar lo

del tratado, porque yo no estoy dispuesta a hacerlo aquí de pie, cual si me estuvieran siguiendo un juicio o me interrogaran. Porque si va a ser así no estoy dispuesta a tolerarlo: en este instante daré la vuelta y marcharé por donde vine.

El Protocolario seguía con su cara de asombro.

—Hay una mujer enérgica bajo toda esa suavidad y dulzura; no lo parecía. Lo del tratado lo dejaremos para esta tarde en un lugar más apropiado y conveniente. Hoy en la mañana atiendo solamente los asuntos menores del pueblo.

—No estaba al tanto de ese particular o hubiese venido esta tarde o mañana, a fin de no interrumpir —dijo Nindiala.

—¿Entonces? ¿Me permites verla? —insistió la reina.

—¿Me permites tu corona?

Ahora el Protocolario respingó. La reina dijo:

—Pero ¿cómo se te ocurre semejante exabrupto!? Si fueras otra, yo ya estaría ordenando que te cortaran la lengua. Ese acto sí que iría en contra del protocolo más arcaico y yo no lo debo hacer por ningún motivo, por ninguno. Como tú comprenderás, si yo misma y de propia voluntad te entregase mi corona y, además, en un acto público en frente del pueblo que está observando, estaría abdicando y transfiriendo en ti mi cargo. Si te diera por colocártela serías la reina.

—Nebt Kidyanet iri-ntjr, yo no tengo el mínimo interés en lucir tu corona sobre mi cabeza, y mucho menos aún lo tengo en tu trono y tu reino. Fue tan solo una pregunta recíproca de igual naturaleza, con el propósito de que te dieras cuenta de la situación. Porque de una manera similar y también por un protocolo con algunos miles de años más que el tuyo, yo tampoco te puedo dejar esta diadema. A diferencia de tu caso concreto, si tú te la pusieras en la cabeza no serías nada, aparte de lo que eres como reina de esta ciudad y sus

tierras. Mucho menos podrías hacer uso de ese supuesto poder que alguien te reveló que tiene, sea cierto o no. Como tú has dicho: de serlo, tan solo podría ser usado por un dios o, mejor dicho; por una diosa exclusivamente.

—¿Y acaso eres tú una? —le preguntó la reina.

§

—...

Nindiala dio de nuevo la llamada por respuesta.

—¿Es otro silencio que tengo que interpretar?

—Nebt Kidyanet, quien te informó sobre esta diadema y mi condición de señora de los sueños no hizo su trabajo completo, lo que indica el bajo nivel que tiene y su poco conocimiento sobre mí. Porque si lo hubiera hecho, tú no habrías preguntado ni tendrías nada que interpretar.

—Eres muy esquivada cuando quieres. Has de ser muy buena como consejera y como negociadora. Ahora sí que no me extraña que Alim Ensu de Ugarit te haya enviado. En realidad, puesta a elegir, yo preferiría más conversar con él que contigo. Las referencias que tengo son de que es un hombre muy apuesto y sigue soltero. ¿No es así?

—Ambas circunstancias son ciertas —respondió Astraía.

La reina caminó de un lado a otro cerca de los escalones, sin quitar su atención de ella. Se volvió a detener y dijo:

—Nindiala...

—Embajadora Nindiala —volvió corregir esta.

Desde que la reina se había levantado del sillón y se acercó, Nindiala venía teniendo cierta sensación de peligro que no lograba definir, ya que no encontraba motivo para ello. Era algo en la actitud de la reina y ahora aumentaba la sensación. Esta volvió a quedar mirándola por aquella nueva corrección que le hacía y no le gustó. Le dijo:

—Me gustaría mucho tener esa diadema. Yo pienso que, si eso no me convierte en reina de la Hermandad de las Señoras de los Sueños, y tampoco puedo usar el gran poder que se dice que tiene, a ti no te importará obsequiármela, ¿verdad? Como una magnífica muestra de buena voluntad por tu parte, y yo revisaré con mano larga esos acuerdos comerciales. Ya ves, a cambio de ella te dejaré que elijas las tres joyas que tú quieras entre todas las que yo poseo; no te pondré reparos ni ocultaré ninguna. Tres joyas por una.

—Nebt Kidyanet, ni con todas tus joyas y las de los sacerdotes, tu palacio y posesiones y el tesoro del reino encima, podrías llegar a igualar lo que vale esta diadema.

La reina soltó la carcajada.

—Eso sí que es completamente ridículo. Ninguna joya en el mundo puede tener tal valor, ninguna.

—¿Acaso tan pronto olvidas tus propias palabras?

—¿Qué palabras?

Nindiala respondió:

—Dijiste que esta no era una simple diadema y el símbolo de mi estatus de reina de las señoras de los sueños, sino que era también un arma muy poderosa, propia tan solo de los dioses. ¿No fue eso?

—Sí, es cierto: esas fueron mis palabras.

—¿Y cuánto crees que pueda ser el valor de la mejor arma de los dioses, que todos ellos codician?

El Protocolario y la reina la miraban intentando comprender aquellas palabras en toda su magnitud. Ella dijo:

—¿Esa cosa es la mejor y más codiciada arma de los dioses? ¿Una diadema? Eso no me lo dijeron mis confidentes. Me cuesta creerlo. ¿Quién fue el artesano que la fabricó?

—El más grande de todos los dioses.

El impacto que aquello causó en la reina fue tan notorio como el del Protocolario, los escribas, los sacerdotes y demás personas que lo escucharon. Ella preguntó:

—¿Un dios mismo fue quien hizo esa diadema?

—Sí, porque nadie más podría hacer algo similar.

—Y esa arma tan poderosa, según dices, a la vez que tan hermosa como joya, ¿fue un regalo para una humana?

—Para una diosa y solo una puede usarla.

—En ese caso, ¿cómo es que la tienes tú ahora?

—Considero que es muy sencillo de deducir. ¿No te parece? —Algunos sacerdotes lo dedujeron al instante. La reina no y Nindiala dijo—: Solo tendrías que detenerte a pensar. Pero como que tu mente se encuentra centrada en un solo objetivo. Nebt Kidyanet, no insistas más en el asunto: por ningún motivo te puedo entregar esta diadema porque no está sujeta a regalos, ventas, trueques ni cambios de ninguna clase. Tan solo una diosa puede usarla y no cualquiera de ellas. Yo se la puedo entregar solamente a mi sucesora como reina de la *Gran Hermandad de las Señoras de los Sueños*. Como poco y en tanto surja una nueva reina, entregarla a una princesa.

—Entonces sí que eres la reina de esa hermandad.

—Lo soy. ¿Quedas satisfecha ahora? El caso es que el hecho simple de que tú te colocases esta diadema, sin ser una señora de los sueños, desataría la ira de los dioses más poderosos y desencadenaría sucesos celestiales que no te resultarían nada gratos, te lo aseguro. La única manera que alguien, dios o humano, tendría para tomarla sería de mi cadáver. Y eso si en algo estima su propia vida.

La reina se la quedó mirando de nuevo, dio una pequeña vuelta rumiando algún pensamiento, volvió al mismo lugar en que estaba y dijo:

—No es sencillo encontrar mujeres como tú. Me habías caído bien y no quería llegar a eso. Ya me habían advertido de que no hay manera humana de presionar ni de doblegar la impenetrable voluntad de una reina de las señoras de los sueños, y que en este sentido tu negativa sería completa y absoluta. Pero el caso es que estoy dispuesta a obtener esa diadema, de una manera o de otra. Ahora más que nunca. Embajadora Nindiala, lo que yo quiero lo obtengo siempre. Si no hay otra forma de lograr esto...

La reina volteó hacia un lado del salón que permanecía en penumbra. En él había las estatuas de dos leones y en el medio de ellos una tienda que estaba destinada a los dioses. Tenía cortinajes de muselina que permitían ver hacia afuera porque había más claridad, pero no ver hacia adentro. Ella hizo un movimiento de cabeza. Nindiala captó ahora los pensamientos allí y el peligro inmediato y volteó hacia la tienda aquella. En su menté escuchó una voz muy conocida y la angustiada advertencia que le hacía:

«¡Mamá, protégete: estás en peligro inminente!».







## CAPÍTULO 2

### Un asesinato alevoso

Nindiala no tuvo tiempo. Algo se clavó en su pecho y ella gritó, retrocedió y cayó al suelo. En la entrada del atrio hubo otro grito. También gritaron las tres mujeres y los dos hombres que la acompañaban y se agacharon al lado de ella. La de más edad increpó a la reina con tono fuerte y severo:

—¿¡Qué es lo que has hecho, mujer insensata!?

Tres guardias se acercaron en actitud amenazadora. Uno, sin ningún miramiento, arrancó la diadema de la cabeza de Nindiala, subió y la entregó a la reina, que la agarró con los ojos brillantes de codicia y una sonrisa de satisfacción.

—Fue bastante sencillo —comentó.

Los guardias regresaron a sus puestos y ella fue hacia donde había estado sentada. El Protocolario estaba petrificado.

Se produjeron nuevos gritos y algo de revuelo entre las personas que estaban esperando a la entrada, que habían escuchado y observaron todo. Una adolescente bastante alta, de cabello largo y negro y ojos peculiarmente verdes, empujó con suma violencia a los encargados de controlar el acceso y atravesó el atrio corriendo. Se agachó junto a Nindiala, al lado de las mujeres que estaban llorando.

—¡Madre, madre mía! ¿¡Qué te han hecho!?! ¿Cómo es que ha podido suceder esta agresión? ¿Cómo pudo penetrar?

—La flecha. Sácala y mira la punta que tiene.

—Madre, si la saco te desangrarás y morirás.

—Ya estoy muerta, hija. Hazlo y recupera el Gran Ojo y haz justicia. Tan solo tú lo puedes hacer. Astraía, hija mía, no permitas que caiga en las manos de ellos, no lo permitas por nada o podría desatarse una guerra en el cielo. Sácala.

De un tirón, la joven extrajo la corta flecha, más bien un dardo. Lo observó y dijo:

—La punta es de rubí.

—Claro. Solo así pudo penetrar. Tan solo *ellos* lo saben, solamente ellos conocen ese detalle. El que la lanzó es uno.

La joven se levantó y avanzó hasta el primer peldaño de acceso a la galería. Los dos guardias de aquel arco se cruzaron arriba e impidieron que siguiera y subiese. La reina estaba sentada y desentendida por completo, y no hacía más que dar vuelta en las manos a la diadema. Astraía le dijo:

—¿Sabes a quién es que has ordenado matar de forma tan traicionera, miserable mujer insensata y vanidosa, codiciosa e ignorante? ¿Sabes a quién?

La reina respondió de manera displicente:

—A una mística reina de las señoras de los sueños. Nunca he escuchado hablar de ese reino ni de dónde queda. Y cuida tus palabras, niña, o vas a quedar sin lengua.

—Ella es una reina mucho más grande que tú que no le llegas al tobillo, miserable. Pero ella es mucho más que eso. Tú has desatado ahora la ira de los dioses, y no tienes la más mínima idea de las consecuencias tan terribles que esto puede traer para ti y tu ciudad y para muchos otros.

—¿De qué dioses hablas? Quizás la ira del rey de Ugarit, pero la de los dioses no veo a cuenta de qué.

—¡Porque esta mujer es una diosa!

—¿Qué dices?

—Tú se lo preguntaste y ella no te quiso responder directamente; pero lo hizo de una manera muy clara, cuando te dijo que esa diadema fue hecha para una diosa y que solo una la podía usar. Ahora yo lo hago: ¡ella es la diosa Nindiala!

Entre los sacerdotes y los funcionarios se produjeron expresiones de desconcierto y cierta alarma. La reina dijo:

—No, ese cuento sí que no. ¿Por qué una diosa iba a estar al servicio de un rey? No, ella no puede ser una diosa o me lo hubiesen dicho también mis informantes.

—Pues quienes te informaron han de ignorar, como casi todos allá arriba, que ella es hija de Utu.

—¿De Utu *El elevado*?

—¡Sí! De Utu *heru* y de Nisaba. —Aquella revelación levantó ahora un murmullo de inquietud entre los sacerdotes y la gente que esperaba a la entrada—. Has de pagar por este horrendo crimen, junto con el asesino que lo cometió y que está ahí escondido con otro, y también los dos que los acompañan. La venganza vendrá por la mano de los dioses.

#### §

La reina, sin hacer el menor caso a lo que la joven decía, como si no fuera con ella, dijo displicente:

—Sí, claro, una pobre diosa muerta y la diadema es mía.

Se la colocó sobre la frente y Astraía gritó:

—¿¡Qué haces, insensata?! ¡No lo empeores más aún profanando esa diadema sagrada con tus manos llenas de sangre! ¡Dámela de vuelta!

La joven estiró una mano hacia adelante. La diadema que la reina tenía ya colocada se le zafó de un tirón y voló con rapidez hasta su mano. Astraía se devolvió junto a Nindiala. Las tres mujeres intentaban contener la sangre que salía de la herida en el pecho. Se agachó de nuevo y le dijo:

—Aquí tienes tu diadema, madre.

—Ya no es mía, Astraía, ya no es mía. —Dirigiéndose al cielo gritó—: ¡Hermanas que me estáis viendo y escucháis! ¡Esta es mi muy amada hija única Astraía y yo hoy la someto a la voluntad única del Gran Ojo! —Con las dos manos temblorosas le logró colocar la diadema en la cabeza y gritó—: ¡Por la luz, la sombra! ¡Que se haga el reconocimiento!

Astraía se puso de pie. Casi al momento, en el gran rubí se produjo un deslumbrante fognazo rojo que lo llenó todo, y Astraía se convirtió en una extraña ave de fuego que movió sus alas, o eso fue lo que pareció a los que observaban. El Protocolario ahora salió corriendo despavorido. Ella quedó rodeada por una viva llamarada colosal y del color de la propia sangre, que los dejó boquiabiertos. Incluso los guardias más cercanos retrocedieron algunos pasos.

Nindiala, reuniendo las últimas fuerzas, dijo:

—El Gran Ojo te ha reconocido, hija mía. ¡Hermanas, he aquí a vuestra reina! ¡Sentid su glorioso poder!

Fueron sus últimas palabras y expiró.

### §

Astraía se agachó, le cerró los párpados y dio un beso en la frente. Dijo a los cinco del grupo:

—Echaos en el suelo y no os levantéis, pase lo que pase.

Se volvió a erguir sosteniendo aún en la mano izquierda el dardo que mató a su madre. Para desahogar todo su dolor y la ira que estaba acumulando emitió un largo grito de furia. La llamarada a su alrededor se intensificó todavía más, y hubo una fuerte corriente de aire que apagó todas las llamas que había y sacudió a la gente.

Astraía dijo a la reina, que se había puesto de pie y observaba atónita aquel fuego que la rodeaba sin consumirla:

—Miserable mujer codiciosa y asesina, has de pagar por tu crimen. No será por la ira de Alim Ensu de Ugarit y su ejército porque hayas matado a su embajadora y consejera mayor. Ella no era su sierva: ¡una diosa no lo es de nadie! Lo haré yo misma porque ella es mi madre.

La reina, que ahora estaba cada vez más asustada mirando aquellas llamas vivas, ordenó chillando:

—¡Guardias, maten a esa mujer y a todos ellos! ¡Mátenlos!

La veintena de guardias que custodiaban el atrio, dispuestos entre las columnas, corrieron hacia ella. Sus acompañantes seguían de bruces en el suelo sin moverse.

De manera brusca, Astraía abrió los brazos en cruz. Los guardias salieron lanzados por los aires varios metros hacia atrás, como si los hubiese aventado un potente torbellino. Quedaron tendidos en el suelo. Astraía dijo a la reina:

—¿Crees que los guardias te sirven de algo ante mí? ¿Pensabas cortarme la lengua porque te llamé vanidosa, codiciosa e ignorante? No tienes la menor idea de quién soy, miserable asesina. Los hombres se inclinan ante los dioses y obedecen sus mandatos, incluso los reyes. ¡Arrodíllate ante mí!

La reina, sin poder evitarlo, cayó de rodillas y quedó inmóvil como si estuviera sujeta por alguien que le abrió la boca. Astraía hizo un movimiento lento con dos dedos, como si tirase de algo. La reina fue sacando la lengua por completo, cual si alguien jalara de ella. Astraía ordenó a un guardia, de los dos que permanecían a ambos lados cerca del sillón real y no lograban moverse de allí:

»Corta la lengua a esa áspid venenosa.

El hombre sacó la espada dispuesto a cumplir con la orden. Se acercó a la reina que, sin poder moverse allí de rodillas, chillaba aterrada con la lengua afuera.

Astraía ordenó ahora:

»Queda sin efecto la orden. Guarda la espada y regresa a tu sitio. —El guardia obedeció y la reina pudo meter la lengua—. Pérfida Nebt Kidyanet, te dejaré conservar la lengua, nada más que para que puedas pedir perdón durante el resto de tu vida por el asesinato de la diosa Nindiala, gloriosa reina de las señoras de los sueños. Pero ella, como mi madre que es me pidió que hiciese justicia y la voy a hacer, porque su asesinato no puede quedar impune. Tú conservarás la lengua y la vida, pero tienes que dar tu sangre y perder algo.

La reina logró ponerse de pie con toda la intención de escapar corriendo. Astraía levantó su brazo derecho con los dedos unidos. Lo bajó en diagonal como si fuera una espada y diera un tajo. La reina pegó un alarido. Su brazo izquierdo cayó al suelo cercenado por encima del codo y arrojando sangre. Ella dio un par de pasos y cayó de rodillas de nuevo chillando por el dolor. Astraía hizo un gesto con la mano. El enorme y lujoso sillón real de finas maderas y cueros, donde la reina se sentaba para las audiencias, deflagró en una llamarada. Los consejeros, sacerdotes, escribas y siervas que estaban más cercanas se apartaron presurosos.

### §

Astraía volteó hacia la tienda de los dioses en medio de las estatuas de los leones en la zona umbría, que fue de donde había procedido el dardo que mató a su madre. Dijo en una lengua extraña que nadie entendió:

—Los dos que están ahí ocultos, asquerosos y repulsivos asesinos, ¡muéstrense ante mí!

»¿Qué? ¿No os atrevéis a hacerlo, cobardes?

»¡Salid de una vez!

»¿Acaso pensáis que no os veo?

»De mí no os podéis ocultar, ordazgos. ¡Salid!

»¿No? Os puedo ver igual ahí adentro y aunque tengáis activados los camuflajes. ¿Queréis comprobarlo? Está bien.

Astraía levantó la mano derecha con la palma hacia adelante. Hubo un impacto y dos sonidos de algo pesado que cayó junto con la tienda. Se produjeron unos movimientos ahora debajo de las cortinas de muselina. Levantándose del suelo surgió una figura humanoide con un traje muy extraño, y cubierto el rostro por alguna escafandra con facciones de animal. Otro similar salió también y se incorporó junto al otro. Astraía les dijo:

»Tenéis que pagar por este crimen y vais a morir al igual que vuestros dos compañeros cómplices. A menos que prefiráis la ira de Utu, la furia del propio An o la de Ninurta.

Con una voz extraña y metálica, el individuo que se levantó primero dijo hablando en la misma lengua que ella:

—No sé por qué ni lo que tengan que ver ellos con esto.

—En ese caso es porque ignoráis lo principal sobre la mujer que tú has asesinado, o no estaríais aquí ni habríais creado el complot con la ilusa Nebt Kidyanet, fácil de manipular.

—Es una completa tontería lo que has dicho de que ella era hija de Utu y de Nisaba.

Astraía dijo:

—Da igual ya que lo creáis o no: es demasiado tarde. No obstante, aunque lo ignoraseis porque es algo que saben muy pocos, tenéis que conocer perfectamente la prohibición que hay sobre la diadema del Gran Ojo, y la pena sumaria para quienes intenten apoderarse de ella. De modo que, por ambas circunstancias y con el doble derecho que tengo al ser hija de ella y por mi propia condición, yo misma me encargaré de vuestra ejecución, en este mismo momento.

El otro dijo:

—Las señoras de los sueños no matan y tú eres una, según dijo Nindiala, o no te hubiera entregado la diadema que, al parecer, te ha aceptado como reina.

—Ellas no matan; yo soy algo distinta. En estado activo, el Gran Ojo confiere a la reina la protección de un fuerte escudo de energía. Pero en ese caso nadie se le puede acercar, que fue el motivo por el que mi madre lo tenía en estado pasivo, ya que estaba rodeada por su comitiva. Solamente unos exteriores están al cabo de saber que, en ese estado, el escudo puede ser atravesado por algo a baja velocidad, tal como el caso de una persona caminando e incluso corriendo, aunque lleve un arma. Pero no por un rayo de luz láser ni tampoco por una lanza o flecha, a menos que tengan la punta de rubí. Fue por eso por lo que utilizasteis este dardo de baja velocidad y con esa punta.

»Pero tanto vosotros como los otros dos que están ocultos en el templo con la nave, sois de un rango muy bajo para haberlo sabido. Vuestra raza está completamente jerarquizada de una forma muy estricta, por lo que alguien de un nivel muy superior te lo ha tenido que decir. Ya lo averiguaré en su momento, que no me corre prisa. A ti te mataré aquí mismo para que pagues de primero por tu crimen, ya que fuiste el que disparó el dardo. Luego morirá él —dijo Astraía.

—Pero ¿qué es lo que dices, niña insensata? —preguntó el primero—. No solo estás desarmada, sino que, aunque lo estuvieras, ningún arma de los hombres puede herir a un dios, mucho menos matarlo. ¿No lo sabías? Tan solo un dios está en capacidad de matar a otro.

—¿De qué dios me hablas? Porque yo no veo a ninguno por aquí, más que a mi madre que está muerta. Ella sí que es



una diosa. Quizás para la tonta Nebt Kidyanet seáis dioses poderosos. Pero lo que tengo ante mí son dos varones adultos del planeta Ordazg, que está en un sistema de una enana roja con cuatro planetas. Se encuentra a una distancia que es poco menos de la mitad de la que hay a Sirio, casi opuestos a la Tierra y ocultos en el lado interior, hacia el núcleo de este mismo brazo de Orión.

»Aunque os podéis mover por el espacio lo hacéis de una manera muy limitada aún. Si os lleva unos sesenta y seis años venir desde vuestro planeta, que está ahí mismo, como para que soñéis con explorar esta galaxia, mucho menos alcanzar otras. Técnicamente no tenéis un desarrollo al nivel de otras razas y utilizáis mucha tecnología de ellas. Pero ninguna os ha querido proporcionar naves más rápidas y avanzadas porque desconfían de vosotros. Apenas os toleran. Sois los más atrasados de todos los que están ahora en este sistema.

Ocultos bajo la escafandra no se les veía los rostros. Por el movimiento de cabeza de aquellos dos individuos mirándose uno a otro, estuvo bien claro el desconcierto ante aquellas palabras. Astraía añadió:

»En este planeta que tanto os atrae estamos en plena evolución y en pañales en cuanto a tecnología. Que en metalurgia, en algunas partes va pasando apenas del cobre al bronce, aún no llegamos al hierro y nos falta muchísimo para llegar al acero. ¿Por qué ponéis esas caras? Os las puedo ver bajo las escafandras. ¿Os extraña que *una niña terrícola* conozca ese metal? Pues estudié Física, Química, Mineralogía y Metalurgia y estoy bien al tanto de las aleaciones que se necesitan para hacerlo en todos sus grados de dureza.

»En este planeta nos faltan aún milenios para hablar de electricidad y electrónica. Tenemos invasiones de conquistas

y guerras constantes; es parte de la evolución de las civilizaciones, según yo he visto y me han enseñado. Pero vosotros no nos llegáis en la evolución espiritual, porque habéis separado ambos aspectos del desarrollo evolutivo: sois materialistas extremos sin moralidad y negáis todo lo demás. Mi padre dice que sois depredadores agresivos y ladinos, tan oportunistas como los buitres y chacales, siempre buscando sacar provecho de algo y atacar por la espalda. Lo acabáis de demostrar. Él os denomina sucias serpientes traidoras y ya veo que tiene razón. Ninurta dice que se os debería exterminar.

»Es por eso, supongo yo ahora —prosiguió Astraía—, por lo que tanto apeteceís tener esa avanzada tecnología que habréis escuchado comentar que hay en el Gran Ojo. A pesar de que ni vosotros ni nadie la podría utilizar. Si ni siquiera sois capaces de entender la tecnología de los andromedanos, ¿y aun así pretendéis la de los ulhgos? Ni incluso en cien mil años más estaríais en la posibilidad de comprenderla, mucho menos replicarla, ya que ni los pleyadianos, arturianos, andromedanos y los mismos de Centauri pueden hacerlo en la actualidad. A menos que queráis la diadema para venderla o cambiarla por armas y naves estelares avanzadas.

#### §

—¿Cómo es que sabes todo eso, terrícola?

—¿Os sorprende lo que digo? Claro, me creíais una ignorante como los demás que os veneran.

—¿Quién eres tú? Nindiala dijo que eres su hija; pero eso no es suficiente para hacer lo que hiciste al recuperar la diadema y cortar el brazo de la reina, y también para controlar por completo la voluntad del guardia.

—¿Quién soy? Yo pasé una buena parte de mi niñez en la enorme nave de mi padre An. ¿A que de eso no estabais

informados tampoco? Yo sí que conozco las vuestras y estoy al tanto de que tenéis cuatro en este sistema solar: dos de ellas están en una órbita alta permanente sobre la Tierra, otra está en la Luna y la cuarta cerca de Marte. Aunque esas dos van y vienen explorando lo que pueden. Sois débiles y soléis actuar como perros de presas cazando en jauría. Pero las cuatro juntas son apenas una pulga para la nave de mi padre, y tampoco sois rivales para el halcón de presa de mi abuelo Utu. Yo entiendo todas las lenguas que habláis las razas que estáis actualmente aquí en la tierra y en este sistema. Y vosotros, últimos atrasados de la fila, ¿me venís a hablar de dioses?

—¿Cómo que tu padre es An? —preguntó el otro.

Hablando de nuevo en la lengua local, para que la reina y los demás lo entendieran, Astraía dijo:

—¿Quién creéis que soy yo, pequeños dioses de pacotilla? La que tú mataste con el dardo por orden de esa escoria envidiosa —señaló hacia Nebt Kidyanet que seguía aún de rodillas—, no solo es la muy gloriosa reina de la *Gran Hermandad de las Señoras de los Sueños*, sino que es una diosa. ¡Ella es hija de Utu y de Nisaba! Y es mi madre, como ya dije, ¡y yo soy Astraía la hija de An y nieta de Utu!

Una fuerte exclamación de sorpresa salió ahora de los atemorizados sacerdotes y de los consejeros y escribas. También se produjeron algunas manifestaciones de asombro entre la gente que esperaba a la entrada del atrio. Uno de aquellos seres del planeta Ordazg dijo:

—¡No puede ser posible! ¡Tú no puedes ser hija de An!

—¡Mientes, niña insolente! —añadió el otro.

Φ



## CAPÍTULO 3

### La justicia de Astraía

—Está bien —dijo Astraía—. Afirmas que las primitivas armas de los hombres no pueden matar a un dios, porque tan solo un dios es quien puede matar a otro con sus armas y que tú eres uno. Bien, que así sea contigo, porque ahora vas a morir aquí a manos de una diosa. Como tal, yo puedo llevar a cabo la ejecución establecida como pena por el intento de apoderarse de la diadema del Gran Ojo. Sin embargo, antes te demostraré que, en las manos de una diosa de verdad, un arma rudimentaria de los hombres te podría matar, ya que no es tanto el arma en sí misma, sino quien la blande. Y yo no necesito de nada para lanzar esto.

Astraía levantó la mano izquierda, en la que aún llevaba el dardo que mató a su madre, y lo colocó de forma horizontal hacia adelante en dirección al ser aquel, quien no terminaba de comprender qué era lo que pretendía hacer ella al mostrarlo. La flama que la rodeaba saliendo del Gran Ojo se movió en un soplo, el rubí de la punta del dardo destelló y este salió lanzado a tal velocidad que la vista no pudo seguirlo. Mucho más rápido de lo que podría haber sido lanzado con el arco más poderoso y con una potencia muy superior, el dardo penetró el traje protector que llevaba el individuo aquel y se le clavó en un costado arrancándole un grito, tanto de sorpresa como de dolor.

Astraía le preguntó:

»¿Decías? Suponías que tu traje te protegía de espadas, lanzas y flechas con puntas de piedra y metales blandos como el cobre y el bronce. Pero estabas equivocado: no de mí y de este dardo de rubí que vosotros mismos fabricasteis.

Volteó hacia la llorosa Nebt Kidyanet, ahora más asustada, a la que dos siervas y un sacerdote intentaban contener la hemorragia del brazo mutilado. Le dijo:

»Tonta, de qué manera tan sencilla te han manipulado. ¿Esos son tus dioses consejeros? Codiciabas el Gran Ojo por lo que significa y por el poder que se dice que tiene. Ellos te informaron bien en ese sentido.

»Lo que ellos se cuidaron mucho de decirte fue que luego te lo arrebatarían, como una prerrogativa de dioses. Porque ellos no se lo pueden quitar directamente a una reina de las señoras de los sueños, o los vigilantes celestiales los exterminarían, tal como se encuentra establecido por la justicia de An como pena sumaria.

»Ningún dios tiene permitido poner sus manos sobre esta diadema, ¡ninguno! Anshba Kar lo dispuso de esa manera y An lo prohibió. Tan solo una mística señora de los sueños puede hacerlo. Pero ninguna de ellas que no sea princesa o reina osaría colocársela en la cabeza, ninguna cometería tal profanación. El simple intento de sustraer esta diadema o de confabular para ello es ya un delito punible. Pero a ti, reina Nebt Kidyanet, de nada te hubiese servido tenerla, mujer veleidosa, porque ni tú ni nadie que no sea una reina señora de los sueños tiene la capacidad para utilizarla como arma.

Astraía dijo a los dos seres del planeta Ordazg:

»Habéis aprovechado la ausencia de An y de Utu para intentar quitarnos el Gran Ojo y escapar. ¿Escapar de ellos?

Ilusos. ¿Adónde? ¿A vuestro miserable planeta que está ahí mismo en este sector de la galaxia, cuando ellos pueden viajar entre las galaxias? A vosotros os lleva unos largos sesenta y seis años o más llegar a vuestro planeta, y eso que está al lado. Las naves de mi padre y mi abuelo lo harían en muy poco.

»Da igual que escapéis ahora, que cualquiera de ellos os destruirá antes de que hayáis podido salir de este sistema solar. Esa ha sido una idea tan ilusa como suicida y no tenéis escapatoria alguna, porque ninguna otra raza os dará protección en esto, ¡ninguna!, si no se quiere exponer a una guerra.

Astraía continuó diciendo:

»En el momento en que esa reina ilusa e ignorante tuvo la grandísima osadía de colocarse el Gran Ojo, An y Utu lo habrán sabido y ya han de estar al tanto de lo que ha sucedido aquí. Incluso el mismísimo Anshba Kar lo habrá sabido también. ¿Ahora sí tembláis? Una sola nave de la flota ulhim, la más pequeña de todas, podría convertir a vuestro planeta en un montón de asteroides desperdigados, y desaparecer su sol desintegrado por completo.

»Conocéis bien la pena: aquel que intente apoderarse del Gran Ojo será ejecutado, y todas las naves de su raza que se encuentren en este sistema solar serán destruidas, y a ellos jamás se les permitirá volver. El crimen de mi madre no quedará impune, pero yo ahorraré ese trabajo a mi padre An y a mi abuelo Utu. Yo misma borraré de este sistema a vuestras cuatro naves, como tenga la menor oportunidad.

Astraía volteó hacia la reina y preguntó:

»Reina Nebt Kidyanet, ¿todavía quieres ver una muestra del poder del Gran Ojo en la frente de una diosa? ¿Quieres conocer por qué motivo es un arma? ¿Lo quieres ver?

Astraía giró de nuevo hacia los otros.

»¿Estáis asustados ahora? Sí lo estáis. No esperabais esto y estáis lamentando no haber traído armas. Hubiesen resultado inútiles por completo ante mí. Ahora sí habéis activado las defensas. Da igual, son muy débiles y contra mí no os servirán los aros de energía, los escudos ni nada; mucho menos contra el enorme poder del Gran Ojo, del que no tenéis idea. ¿Decís que estoy desarmada, ilusos? Observad muy bien, porque será lo último que veáis:

La luminosidad sangrienta que se mantenía alrededor de ella como una llama aumentó de nuevo. Del Gran Ojo salió un rayo rojo. Impactó en el que estaba herido y luego en el otro y los cortó en varios pedazos. También partió en dos a lo largo las estatuas de los leones y perforó la pared de más atrás. Astraía continuó moviendo la cabeza y aquel rayo, que seguía fluyendo sin parar, cortó varias columnas y parte del techo de la galería, que cayeron con estrépito. El rayo cesó.

—No voy a dejar esta podredumbre.

Astraía colocó una mano hacia adelante. Los trozos de los cuerpos de los ordazgos desaparecieron desintegrados. Ella dijo a la aterrorizada reina:

»Puedo dejar tu palacio reducido a escombros nada más, en unos momentos apenas y sin moverme de aquí siquiera; pero morirían todas las personas que están ahora adentro, y ellas no tienen la culpa de nada de esto.

La reina, los escribas, sacerdotes y consejeros estaban en pánico. Un escriba señaló hacia el cielo sobre el templo.

—¡Allí, allí!

—¡El carro volador de los dioses está marchando! —dijo uno de los sacerdotes.

Una nave levantaba vuelo y comenzó a alejarse y a ganar altura y velocidad. Astraía dijo:



—Los otros dos ordazgos pretenden escapar. No os salvará nadie porque los cuatro estabais juntos en este complot de muerte. Que sea sobre el mar para no dejar restos.

Esta vez, del Gran Ojo salió el breve pulso de un rayo rojo más grueso. Al instante, alcanzó a la nave, la perforó de atrás adelante y se perdió en el horizonte. Hubo una explosión y los restos se precipitaron al mar, más allá del delta del Nilo.

—¡Destruyó el carro de los dioses! ¡Con su rayo de fuego destruyó el carro de los dioses! —gritó uno de los escribas.

—Tiene que ser una diosa también para contar con tal poder destructivo, tiene que serlo para usar un arma de rayos creada por los dioses —dijo un sacerdote.

—Sí, ha de ser hija de An, como asegura, y ahora estamos expuestos a su ira por la muerte de su madre Nindiala.

#### §

Astraía levitó hasta unos cinco o seis palmos sobre el suelo, siempre rodeada por aquella llama de fuerte color sangre como su rubí. Flotando subió los escalones y se dirigió hacia la reina, que seguía en el suelo mirándola aterrada. Los que atendían su brazo huyeron.

—¡No me mates, no me mates! —imploró la reina.

Astraía movió una mano y la reina gritó, pero el gesto no fue hacia ella. Los dos pequeños cofres que se habían entregado como presentes se elevaron del suelo y volaron. Fueron al atrio y quedaron junto a los hombres que los habían entregado al inicio, y seguían echados en el suelo con las mujeres junto a Nindiala. También el documento que ahora estaba en el suelo, con el que esta había acreditado su condición de embajadora, voló y fue hasta el lado de una de las mujeres. Astraía se acercó más a la reina y preguntó:

—¿Para qué fue que te dejé la lengua?

—¡Perdóname, diosa Astraía! ¡Perdóname por mi crimen!

—Nebt Kidyanet, con tus actos traidores y malévolos has ofendido a Alim Ensu de Ugarit. Eres una reina indigna y yo le devolveré los valiosos presentes que te envió de tan buen talante. Ya no hay nada de qué tratar contigo, porque asesinaste a su embajadora y consejera.

Señaló a la reina con un dedo y la mujer volvió a chillar cubriéndose con el brazo que le quedaba.

—¡No me mates, no me mates, diosa Astraía! ¡Perdón, te pido perdón por haber ordenado matar a tu madre la diosa Nindiala! ¡Yo no lo sabía, no sabía que ella era una diosa o no lo hubiera intentado! ¡Ellos no me lo dijeron!

Hubo gritos alarmados de la gente señalando hacia el cielo. Dos naves que estaban muy altas, bastantes más grandes y distintas a la que ella había abatido, descendían sobre la ciudad. Un sacerdote gritó:

—¡Son barcos voladores de los dioses! ¡Vienen a destruir la ciudad por la muerte de la diosa Nindiala! ¡Estamos condenados todos!

—¿Para qué venís armadas y listas? —murmuró Astraía.

Levantó los dos brazos dirigidos hacia las naves.

Llegadas como de la nada, debido a la enorme velocidad con que lo hicieron y la forma instantánea en que se detuvieron, aparecieron cinco naves con forma piramidal triangular equilátera y se colocaron en un amplio círculo sobre la ciudad. Las dos que descendían se detuvieron. Poco después, volvieron a elevarse y terminaron por desaparecer. Astraía sabía de quiénes eran aquellas y también las cinco de ahora y lo que significaba. Bajó los brazos y dijo a la reina:

—Tu ciudad se salva y yo no te voy a matar, descuida.

—¡Gracias, poderosa diosa de fuego, gracias!

—Considero que has sido la víctima de un complot en el que ha tenido que estar metido alguien más, aparte de los ordazgos, y tienes suficiente con lo que te hice. En unas horas, una vez que mi tripulación haya terminado de reponer el agua y provisiones, zarparemos río arriba. No se te vaya a ocurrir la loca idea de atacarnos porque te dejaré sin ejército. Regresaré y te dejaré también sin palacio y sin un solo templo en el que rendir culto, y a ti te mutilaré ambas piernas. Tú verás lo que haces, Nebt Kidyanet, tú verás. Que tus decisiones sean la medida justa de tu propio juicio.

Astraía dio vuelta para alejarse. Volteó de nuevo y dijo:

»¡Ah, sí! Como una señora de los sueños que soy, y aún más ahora como reina, respeto los protocolos y las normas de mis anfitriones, me gusten o no, y yo no he violado los tuyos porque no he pisado los escalones. ¿No era eso lo que dijiste a mi madre? Tu permiso para subir no lo necesitaba para nada, como tampoco lo necesito para marchar. Recuerda bien lo que te he dicho.

Flotando todavía, Astraía dio la vuelta y descendió hasta el atrio de nuevo, a fin de reunirse con los otros.

## §

Varios guardias del templo se habían apostado tras ambos obeliscos de la entrada. Debido a la alteración producida con las naves voladoras, la gente no se percató de sus movimientos. Otros guardias se ubicaron en los lados de la puerta de acceso al templo, y cuatro estaban adelante al descubierto. Todos llevaban arcos que tensaron.

—¡No lo hagáis, no lo hagáis o esas naves de los dioses nos destruirán! —gritó uno de los sacerdotes.

Fue tarde porque los guardias dispararon. Sin embargo, las veloces flechas no llegaron a dar contra Astraía, ya que al

penetrar en la llama que la rodeaba se incineraron y consumieron al instante.

Ella levantó una mano con la palma hacia adelante. Los cuatro al descubierto fueron impulsados como si los hubiesen embestido enormes y furiosos hipopótamos o unos búfalos corriendo. Golpearon contra las escaleras del templo y quedaron muertos con los órganos internos reventados.

Astraía levantó su brazo derecho con los dedos de la mano juntos y estirados. De nuevo, tal como lo había hecho con la reina, lo bajó con rapidez en un ángulo inclinado, como quien blande una espada. Luego lo hizo en el sentido contrario. Primero uno y de seguido el otro, los dos obeliscos fueron cortados por la mitad con un ángulo de unos 45°. La parte superior deslizó y las dos mitades cayeron matando a los guardias que estaban debajo.

El Gran Ojo destelló otra vez y un nuevo rayo rojo continuo salió de él. Cortó el ancho pílono izquierdo de la fachada, tal como si estuviese hecho de cera y no de piedra y mampostería, y la mitad de arriba se desplomó hacia el frente con un nuevo estrépito. Los guardias que estaban en la puerta entraron corriendo hacia la sala hipetra y la hipóstila. Buscaron ocultarse entre las muchas columnas.

Astraía gritó furiosa. Las llamaradas a su alrededor revolotearon saltando, el resto de la fachada izquierda del templo se derrumbó y una de las columnas cercanas de la galería se cuarteó. Los guardias que se habían levantado y los demás que estaban de pie fueron arrojados hacia atrás:

—Es que no quieren aprender —dijo ella.

Volteó hacia la reina, que seguía arrodillada en el suelo y se apresuró a gritar:

—¡Yo no fui, yo no lo ordené!

—Nebt Kidyanet, tú que ostentas el honroso título de *la guardiana del dios*, que ignoro quién te lo otorgó; ya verás cómo haces para explicarle los motivos por los que su templo ha quedado dañado de esa manera. Aunque, si lo prefieres, le puedes decir que venga a hablar conmigo, la diosa Astraía hija de An y de Nindiala. Yo se lo explicaré porque él no ha tenido nada que ver en esto.

Astraía dejó de flotar y se volvió a posar en el suelo. Dio una mirada al cadáver de su madre. Una ligera fosforescencia envolvió el cuerpo y se fue elevando hasta quedar horizontal como a un metro de altura. Luego adoptó la posición vertical con los pies a dos palmos del suelo. Los hombres y mujeres del grupo se levantaron y lo rodearon, y fueron atravesando el atrio hacia la salida con Astraía abriendo el paso al frente. Nindiala, con las manos cruzadas sobre el pecho lleno de sangre, iba flotando como si estuviese dormida plácidamente, dada la serenidad en su rostro.

Los cuatro guardias y la gente que estaba esperando por audiencia en la entrada se apartaron con prontitud, y dejaron un paso bien amplio. Todos lo hicieron por el temor de ser quemados por el fuego que la rodeaba. Otros lo hicieron también con reverencia. Algunas mujeres se inclinaron como muestra de respeto y dijeron en alabanza:

—Poderosa Astraía hija del gran dios An, diosa de las llamas celestiales y del rayo de fuego destructor; reina y Gran Señora de los Sueños, ten misericordia de nosotros y nuestros hijos y vela nuestras noches para tener sosiego y paz.

§ §

Una vez en su barco, que permanecía atracado en el puerto fluvial en aquel brazo del delta del Nilo, Astraía pidió a cuatro soldados de la tripulación:

—Yo os guiaré por la ciudad con mi visión. Id a buscar a esa mística que es madre de una hija de trece años y dos varones menores, que tiene un esposo que es artesano. Decidles que si quieren vivir recojan cuanto antes sus pertenencias más inmediatas y que marchen hoy mismo. Que si lo desean pueden aceptar mi invitación y venir con nosotros río arriba. De lo contrario, esta noche la reina los mandará a asesinar.

Después de zarpar, Astraía estaba en el camarote llorando junto al cuerpo de su madre. La acompañaban una mujer de algo menos de cuarenta años, y otra joven que tendría dos o tres más que Astraía, que fueron parte del grupo que había estado en el templo esa mañana. La mujer le dijo:

—Desahógate, mi niña, mas no te sigas afligiendo.

—No estuve a su lado para evitarlo, *ama* Nkechi, no estuve al lado de mi madre y no la pude proteger.

—Mi niña, no te recrimines. Ella misma te pidió que permanecieras a la entrada del atrio con los seis guardias, debido a que tenía un mal presentimiento cuya naturaleza no lograba discernir. También fue para evitar que la reina te fuese a relacionar con ella por el parecido físico. Porque cada día te le pareces más. Nindiala siempre te quiso proteger por encima de todo, incluso a costa de aparentar ante los demás que no eras hija de ella, sino otra hija mía.

»Esa es una dolorosa espina que llevaré en mi corazón por todos los momentos que le robé. Pero era muy importante que ninguno de los dioses supiera de tu origen. Tu vida dependía de ello y es tan importante que el mismo An lo pidió a tu madre. Solo a tus dieciséis años podía ser revelado.

—Lo sé, *ama*, lo sé muy bien. En mi corazón tú has sido para mí la madre que aparentabas ante todos, y tú mi Allalu que alegraste mis días con tu bello canto has sido mi her-

mana mayor —dijo a la joven—. También sé, *ama*, que te resultaba duro desempeñar ese papel, al ver que tú acaparabas las caricias que mi madre me hubiera querido dar más allá de la intimidad del hogar, y que yo en público la tuviese que llamar *señora* mientras a ti te decía *madre*. Pero no te lo recrimines de ninguna manera, porque lo has hecho muy bien y estoy al tanto de que tú siempre me has sentido un poco como tu propia hija.

—Astráía, hay algunos hechos de los que tengo que informarte. Este viaje lo tenía planeado tu madre desde hace varios meses. Cumplirás dieciséis años el mes que viene y ella quería hacer dos cosas en Uetyeset-Heru: presentarte ante los Shemsu Hor como la gloriosa nieta de Utu *heru* y diosa que eres, y anunciar a la hermandad que eres su hija. Ella convocó allí a todas las señoras de los sueños que puedan asistir en persona. Tu madre te iba a revelar los secretos que tuvo que ocultarte y que ahora seré yo quien te los diga. Ella me los fue confiando por si se llegaba a presentar una grave eventualidad, antes de que ella misma te lo dijese.

—No es preciso que lo hagas en este momento, *ama*. Será mejor cuando cumpla los dieciséis, como dices que mi madre lo tenía dispuesto. Faltan pocos días. Ahora lo apremiante es preservar un poco su cuerpo. Será hasta que lleguemos a Uetyeset-Heru y se puedan ocupar de ella como corresponde, porque en el barco no contamos con los recursos para llevarlo a cabo. Lavadla y yo me encargaré del resto, a fin de que luego podamos regresar a Ugarit con su cuerpo.







Última semana de enero de 7885.

Uetyeset-Heru, Egipto.



## CAPÍTULO 4

### Los Shemsu Heru

—Que la luz esté contigo en todo momento, Astraía hija de Nindiala —saludó el rey de Utyeset-Heru en su palacio.

Ella juntó las manos frente al pecho y respondió:

—*Sun tai*<sup>1</sup> En-kinma Utyeset-Heru.

—Sé muy bienvenida entre nosotros. Es un honor.

—Agradezco vuestra hospitalidad, así como la protección y el apoyo que me disteis en Dyanet con vuestras cinco naves, que me evitó un enfrentamiento con los tsulos.

—Ya estamos al tanto de los infaustos y muy lamentables sucesos del asesinato de tu madre, así como que vengaste su muerte. Nebt Kidyanet ha pagado con bastante sangre y un brazo y se puede dar por dichosa: le has dejado mucho en qué reflexionar. El asesino directo y los otros tres ordazgos, cómplices inmediatos, lo pagaron con sus vidas, en aplicación de la pena tajante que hay establecida para tal acto de profanación. Asumimos que no quedará tan solo ahí, porque el propio An cumplirá con la pena que corresponde a los otros ordazgos que faltan. Además de que tú dijese que destruirías sus cuatro naves. Lo hubieras hecho también con las dos de los tsulos, pero quisimos evitar que tuvieran la oportunidad de disparar contra la ciudad. Serás mi huésped, y puedes

---

1 La luz sea contigo.

permanecer el tiempo que consideres necesario para alcanzar los objetivos que te han traído hasta aquí.

—Gracias por tu acogida, En-kinma. Vengo para que mi madre complete el propósito que la traía, aunque sea en cuerpo presente y en espíritu. Si no tenéis inconveniente, yo quisiera solicitar que preparen el cuerpo para su funeral, puesto que nosotros no hemos contado con los recursos materiales para hacerlo. Pagaré por el servicio, como corresponde.

—No será necesario un pago por la preparación del cuerpo de una hija de Utu Heru y, además, excelsa reina de las señoras de los sueños y descendiente directa de la gran diosa Amaningine-Gula; no en esta ciudad. Doy las instrucciones para que se ocupen de su adecuado embalsamamiento.

El rey dijo algo a un hombre y este hizo una indicación a otros. Fueron hacia el ataúd que Nkechi, su hija y la otra mujer y un hombre, única comitiva que Astraía llevaba, habían empujado flotando desde el barco hasta el palacio, y así seguía. Ahora descendió y quedó horizontal sobre el suelo. Cuatro hombres lo levantaron y marcharon con él.

El rey se encontraba acompañado por otros seis de los semidioses Shemsu Hor regentes de las otras ciudades, y que habían ido para ese encuentro. Uno comentó:

—No hay la menor duda de que tenemos ante nosotros a una reina de la Gran Hermandad de las Señoras de los Sueños. Una que está dotada de habilidades como no hemos sabido desde la época de la gran Amaningine-Gula. Auguro que observaremos grandes hechos alrededor de ella.

El rey dijo:

—Eso es lo que yo estaba observando. Ella domina varias quinesias. Muy pocos seres en este planeta y en otros, que sepamos, tienen la capacidad para levitar por sí mismos y,

además, para mantener levitando objetos sin necesidad de estar en contacto con ellos.

Otro de los semidioses dijo:

—Mucho menos para rodearlos con un campo de energía como ese y sin usar un dispositivo, que ha protegido durante días al cuerpo para evitar su descomposición.

—Así es —dijo el rey—, y ya no digamos de una reina capaz de utilizar al Gran Ojo con la potencia suficiente para derribar a una nave, aunque haya sido relativamente pequeña. La precisión del disparo fue absoluta, como si ella dirigiera el rayo con la mirada.

Otro de ellos comentó:

—Lo significativo es que, si bien se nota que su fuerza interior es mucha, ella tiene la peculiar capacidad de ocultarla y no hay forma de sentir por completo qué nivel podría tener. Es la razón por lo que resulta una joven tan engañosa y, por ello, también muy peligrosa para quien ose enfrentarla. Tiene que haber algo muy especial en ella.

## §

Uno de ellos agarró un aparato y dijo a Astraía:

—Nos tienes sumamente confundidos porque excedes los dones que tuvieron tus predecesoras. ¿Me permites tomar una pequeña muestra para realizar un análisis? Será tan solo colocar este dispositivo en contacto con tu piel. No sentirás nada, te lo aseguro.

—Está bien, conozco ese analizador ultradérmico.

El hombre colocó el aparato sobre el brazo desnudo de Astraía. Fue solo un momento, lo retiró y le dijo:

—Eso era todo, gracias.

Retrocedió junto a los otros. Toqueteó en una pantalla y presionó botones que tenía el aparato, se movieron algunos

indicadores y destellaron luces y los cinco quedaron observando. Intercambiaron miradas y uno comentó:

—Esta concurrencia de tales factores genéticos no puede ser algo circunstancial.

Otro de ellos añadió:

—Matemáticamente es improbable con cinco generaciones de diosas por el medio, que abarcan tres mil ochocientos sesenta y cinco años desde la propia Amaningine-Gula. Tiene que haber estado planificado y tan solo lo pudo haber hecho un ulhim. Ello me mueve a pensar que está previsto un evento cercano que podría ser de una gran trascendencia.

—Ahora sí que es comprensible tanta fuerza interior en alguien tan joven —agregó otro—. No sabemos qué espíritu puede ser; pero ha de tratarse de uno sumamente viejo, quizás como muy pocos en esta galaxia, y su cuerpo reúne lo mejor de lo mejor de tres razas galácticas en este cuadrante del universo conocido, y de otra más en sus recónditos confines.

El rey dijo:

—En ella se conjugan unas características genéticas muy específicas de Nanshe, de Utu, de An y de Nisaba. Su estatura de un metro noventa y la contextura lo anuncian. Mas lo que me llama sumamente la atención es la predominancia tan fuerte y marcada, que tiene en ella el ulhim Anshba Kar, el padre de Amaningine-Gula, y de ahí esos rasgos tan armoniosos, finos y delicados, la frente amplia y los ojos de ese peculiar verde en dos tonos. Su apariencia es de una mujer y no la de una joven que cumplirá dieciséis. Ahora sí que se explican sus poderes mentales y las enormes capacidades físicas, y ha de haber mucho más que ella esté ocultando.

—O que ella ni siquiera lo haya descubierto aún, porque es muy joven y no lo ha necesitado —acotó otro.

Astraía los escuchaba y ya se estaba acostumbrando a los comentarios que ellos hacían entre sí sobre su persona, como si ella no estuviera presente. Pero no la incomodaba y le resultaban más bien un tanto divertidos e incluso esclarecedores en algunos aspectos. El rey le dijo:

—Astraía, hija de Nindiala, como muy bien lo has dicho, tu madre ya no podrá presentarte ante nosotros de manera personal y de admitir cuál es tu paternidad, como ella tenía la ilusión de hacer. Lo damos por hecho y te reconocemos como nieta de Utu Heru e hija de An. La diadema del Gran Ojo, que muy justamente luces sobre tu cabeza, no hubiera aceptado a ninguna mujer que no fuese descendiente directa de Amaningine-Gula. Su reconocimiento es indiscutible y más que suficiente para nosotros, motivo por el que te reconocemos y aceptamos como la nueva reina de la hermandad. Nindiala tampoco podrá cumplir con su otro propósito que era el que más ilusión le hacía a ella: anunciarte ante las señoras de los sueños como su primogénita, que fue el motivo por el que convocó al cónclave aquí para el día diez del mes entrante. Tenemos en nuestra ciudad a unas cincuenta, que llevan días llegando desde muchas partes.

—Sí, lo sé y es otro dolor más en mi corazón. No obstante, yo deseo aprovechar la presencia de ellas, que viene muy bien a los planes que me he trazado a raíz de su muerte.

—¿Qué tienes pensado?

Astraía, que llevaba puesta la diadema marcando su condición de reina de las señoras de los sueños, respondió:

—Tal como estaba previsto y si vosotros no tenéis inconvenientes en ello, en dos semanas, en el día en que se conmemorarán los dieciséis años de mi nacimiento, quiero realizar el acto que mi madre tenía previsto ante la hermandad; pero

con una ligera modificación. Ya no será un simple cónclave para la presentación de la hija de una reina, sino que ahora yo convocaré el Cónclave de Guerra.

§

Los siete Shemsu Hor intercambiaron miradas.

—Ninguna reina ha convocado uno antes —dijo uno.

—Los tiempos cambian y nosotras nos ajustamos a ellos. Tampoco ninguna señora de los sueños y mucho menos una reina ha matado a nadie y yo lo he hecho con varios. Desde hace unos años, nos vienen exterminando de manera sistemática. Esta es una situación excepcional y como tal la trataré.

El rey dijo:

—Estamos al tanto de esos hechos aborrecibles y nos han llamado la atención. ¿Contra quién será vuestra batalla?

—Contra Erra, pues él es el cerebro detrás de esto.

Los otros Shemsu Hor volvieron a intercambiar miradas y uno de ellos preguntó:

—¿Erra el primigenio? ¿Estás segura de eso?

—Lo estoy. Mi madre ya me lo había dicho, aunque ella no estaba segura por completo como para señalarlo.

—¿Y en qué te fundamentas tú para tener tal seguridad? Tratándose de Erra no es para hacer acusaciones falsas y exponerse a ofender a los demás primigenios.

—Unos pocos días después de zarpar de Dyanet nos detuvimos en Guiza, para una reunión que mi madre tenía prevista con la Gran Hermandad de la Esfinge y su fer-on. Esa noche estábamos atracados para descanso de la tripulación, y esperar por un cambio favorable de la dirección del viento en la madrugada, a fin de seguir remontando el Nilo a vela, mientras fuese posible. Yo estaba en la cubierta disfrutando de la brisa fresca y observaba las estrellas. Capté una fuerte



presencia demasiado ominosa a mi lado y sus intensos y malévolos pensamientos, como no había sentido otros. En ese momento, yo no supe de quién o qué se podía tratar porque era una experiencia nueva para mí. Se intentó meter en mi mente y le salió muy mal porque fui yo quien entré en la de él. Eso lo desconcertó lo suficiente como para darme el tiempo necesario para saber lo que me interesaba. Logré identificarlo como Erra y confirmé los temores de mi madre.

—¿Qué fue lo que averiguaste?

—Que durante los últimos quince años, él mismo ha estado matando a muchas de las señoras de los sueños y a sus familias completas, pues él no deja a nadie vivo detrás. Por precaución, él no hace diferencia entre nosotras y las demás místicas. Algunas de mis hermanas han sido víctimas de asesinatos que él ha pagado. Las muertes de otras más han sido obra directa de las instrucciones dadas por los reyes y los poderosos señores a quienes Erra controla, y que en sus respectivos territorios han decretado el exterminio de toda mística. Aún tuve tiempo de ir más al fondo y descubrí que él mismo fue quien tramó la muerte de mi madre.

#### §

—¿Fue él quien urdió el complot? ¿Cómo fue? ¿Tuviste el tiempo suficiente para captarlo? —preguntó uno.

Astraía respondió:

—Sí. Erra supo que mi madre vendría aquí. Le resultó sencillo, porque captó alguna de las comunicaciones mentales que se hicieron entre las señoras de los sueños convocando el cónclave. Le causó extrañeza que fuera de presentación, ya que se suponía que Nindiala no tenía hijos, y fue por eso por lo que él quiso averiguar más. Luego, supo que mi madre se detendría en Dyanet.

»Erra logró alcanzar a Nebt Kidyanet, y le fue muy sencillo entrar en su débil mente y conocer sus flaquezas y mezquindades. La sugestionó para que codiciara la diadema del Gran Ojo. Fue a tal grado que la reina desarrolló la idea obsesiva de hacerse con ella como fuese. Ningún humano común se sustrae a la mente de Erra. Él está en Asia. No tiene la fuerza mental suficiente para influir en vosotros los Shemsu Hor, ni para adentrarse en estas zonas tan lejanas del continente e influenciar a los poderosos. Es por ello por lo que no hay persecuciones y hay más místicas y señoras de los sueños.

—Nosotros agradecemos esa circunstancia —dijo el rey.

—En cambio, más al norte es muy distinto y mis hermanas están siendo exterminadas. Fue por ello por lo que, muy conocedor de las debilidades de cada uno, Erra cambió de táctica y estuvo en contacto con el comandante de la flota ordazg aquí. Le hizo ver que podrían aprovechar para hacerse con el Gran Ojo y todo su enorme poder y avanzada tecnología. La condición era que Nindiala y todos los que iban con ella tenían que morir en Dyanet.

Otro de los Shemsu Hor dijo:

—Ahora que surge esto, me preguntó cuáles pueden ser los motivos por los que Erra no se apodera del Gran Ojo. La prohibición es para cualquiera de las razas exteriores; pero no para quienes nacen en este planeta, como es su caso.

—Es una observación interesante, de la que no habíamos caído en cuenta —comentó el rey.

Astraía dijo:

—Hasta donde yo sé al respecto, a cualquier hombre que se quiera colocar la diadema le quemará la frente con una descarga; pero a Erra lo mataría. Desconozco los motivos precisos para esa diferencia. Yo asumo que tendrá que ver con

algo que mi padre me mencionó, en una oportunidad de las que estuve estudiando en su nave. Al parecer, Erra no tolera la energía anímica de esencia femenina, y Anshba Kar concibió esa diadema y la programó para reaccionar a la energía específica de las señoras de los sueños. Por eso es que Erra no se acercará físicamente a una y mucho menos a una reina.

—Fue una previsión de Anshba Kar muy acertada. Con su enorme capacidad para ver el futuro y para analizar múltiples probabilidades, él tuvo que saber el enorme peligro que esa arma significaría en poder de alguien como Erra.

—Sí, tuvo que haber sido eso —dijo el que primero había hecho la consideración—. Disculpa, Astraía, sigue refiriéndonos el suceso con Erra, por favor.

—Él quiso evitar las venganzas seguras por parte de An o de Utu, puesto que serían la consecuencia directa del acto. Sobre todo, porque temía una posible reacción de furia por parte de Ninurta contra él.

El rey preguntó:

—La intervención de An sí, porque él haría valer la pena por el robo del Gran Ojo. ¿Mas por qué temería él la intervención de Utu y más aún del fuerte y violento Ninurta?

—Porque Erra, en un pequeño descuido de mi madre comunicando con la hermandad, había logrado averiguar que ella era hija de Utu y supo mi origen como hija de An. Por eso fue que dijo a los ordazgos que era preciso que no fueran ellos quienes nos mataran, sino la reina Nebt Kidyanet. Eso me incluía a mí de manera muy especial, porque si la hija de una reina de las señoras de los sueños ya era un peligro para él, yo debía de serlo todavía más.

Uno de los otros dijo:

—Eso sí tiene sentido.

—Mi amada madre, toda su vida protegiéndome y se descuidó en eso, en un momento de alegre dicha. Quizás olvidó que los «trece primigenios eternos» tienen la capacidad para la comunicación mental, y que Erra acechaba.

—Sí, pudo haber sido eso —dijo el rey.

—Qué circunstancia tan desafortunada —comentó otro.

—Fue toda una sucesión de eventos —dijo otro.

Astraía prosiguió explicándoles:

—Erra logró convencer al comandante ordazgo de que, si se apropiaban del Gran Ojo de una manera indirecta a través de Nebt Kidyanet y marchaban de este sistema solar, no los perseguirían los guardianes. Esa noche, ya no pude seguir mirando más en su mente porque Erra es muy fuerte, logró zafarse de mí y terminó retirándose. Pero tuvo tiempo para verme bien y yo a él también. Lo último que logré captar fue su temor tan grande hacia mí y no tengo claros los motivos.

—No sería para menos —comentó uno—. No habíamos sabido de ningún humano que haya sido capaz de resistirse a la mente de Erra, mucho menos de entrar en la de él y apriisionarlo, aunque haya sido por un momento.

—Ha de haber quedado sumamente sorprendido a la vez que furioso —opinó otro—. Incluso los exteriores lo temen por esa capacidad que él tiene y por su eternidad. Muy pocas razas en este cuadrante hay que hayan desarrollado la comunicación mental plena.

Otro acotó:

—Debemos tener en cuenta que ella habrá nacido aquí; pero no es humana propiamente, no con esa genética, sino una diosa. Ahora no me extraña que Erra haya sentido temor de ella y eso no augura nada bueno para Astraía, porque él la intentará exterminar por todos los medios a su alcance.

Otro más añadió:

—Lo más probable haya sido que, esa noche, Erra quiso saber quién era esa nueva reina de las señoras de los sueños con capacidad para matar a dos ordazgos, realizar los destrozos que hizo en Dyanet y, para más, destruir con un plasma del Gran Ojo una nave en vuelo. Luego de verla y de que ella se haya metido en su mente, de tal manera que a él le costó trabajo soltarse, habrá quedado bastante inquieto al sentir su fuerza. A pesar de que presumo que no fue capaz de captar todo el poder que ella oculta. Eso espero.

§

—Erra no es un exterior, sino un primigenio, el número trece —dijo el rey—, aunque se haya desviado del lado de la maldad. Muy mal enemigo has decidido enfrentar, porque sus poderes le vienen de sí mismo, tal como a ti, y no de tecnologías. Astraía, Erra es muy experimentado y tú no. Frente a él tendrás pocas posibilidades de salir con vida.

—Eso es bueno —dijo ella.

—¿Consideras bueno el hecho de tener pocas probabilidades de sobrevivir?

—Pocas, quiere decir que aún tendré algunas a mi favor. Lo malo hubiese sido que no tuviera ninguna.

Ahora fueron ellos los que sonrieron. Otro de los semidioses Shemsu Hor comentó con los demás:

—Esa es una actitud muy positiva que juega en su favor. ¿No os lo parece? Probablemente sea propia de su juventud. Aunque puede también que sea su naturaleza. Desconocemos sus habilidades y lo que ella es capaz de hacer. Quizás podría darnos una sorpresa.

—Eso mismo estaba considerando —dijo otro—. Aunque presiento que será al revés: quien lo va a tener muy difícil va

a ser Erra, y quizás sea ella quien le ponga fin a toda su maldad junto con su eternidad.

—Podría ser muy bien.

El rey dijo a Astraía:

—Nosotros no podemos intervenir en eso ni para bien ni para mal, ya que es un asunto entre dioses, no entre ellos y los humanos. ¿De qué otra manera podemos ayudarte?

—Sentí que él está muy lejos por los lados de Asia hacia el Póntos Áxeinos. Pero no tuve tiempo suficiente para ubicar el lugar, y no creo que él me vuelva a dar otra oportunidad para hacerlo. Decidme dónde tiene su escondrijo esa sabandija, que yo lo iré a buscar y lo exterminaré allí mismo. Es la vida de él o la de todas nosotras a corto plazo y para mí está muy clara la elección.

El rey consultó con los otros y uno opinó:

—Eso podemos hacerlo sin reparos. No es ningún secreto dónde tiene él sus cuarteles, ni tenemos ningún motivo para no decírselo a ella siendo una diosa.

—Te indicaremos donde está —dijo el rey.

—Yo os quedaré en deuda. He planeado enfrentarlo en el próximo solsticio de verano, porque la luz ha de prevalecer siempre por encima de la oscuridad. Llevaré el féretro de mi madre a Ugarit y rendiré cuentas a Alim Ensu. Mamá era su embajadora y es mi deber. Luego iré a ocuparme de Erra.

—Él se ha protegido bien de cualquier ataque por parte de los exteriores. Es muy desconfiado y no se fía de ellos con sus tecnologías y armas de tanto poder. Sus cuarteles se encuentran ocultos en la profundidad de una montaña de los Cárpatos, cercana a la Garganta del Gran Kazan en el gran río Ea-dùghegal. Tan solo con un misil de mucho poder o una nuclear se le podría alcanzar allí metido.

Astraía dijo:

—En ambos casos implicaría la devastación de un área muy grande con incalculables vidas directas, más las posteriores, durante mucho tiempo. Es un costo demasiado elevado y yo no se lo pediré a mi padre ni a mi abuelo, además de que estoy segura de que no lo harían. Tampoco quiero que ellos intervengan. Es un asunto que enfrentaré sola y sé bien cómo sacar a Erra de su madriguera, por profunda que se encuentre. Fuego se combate con fuego y a mí me sobra.

Uno de los Shemsu Hor sonrió y comentó con los otros:

—Y yo que dije que probablemente se iba a producir un evento de una gran trascendencia. Pues ahí lo tenemos. Esta criatura nació genéticamente programada para este enfrentamiento y la dotaron muy bien. Tan solo alguien con la visión del futuro pudo haberlo previsto y preparado.

—El viaje desde Ugarit allá es bastante más lejos y complicado que hasta aquí —dijo el rey a Astraía.

—Estoy al tanto, ahora que conozco el lugar.

—Si vas a regresar por barco a tu ciudad tienes poco tiempo hasta mediados de junio para llegar. Será preferible que te enviemos a casa en una de nuestras naves. Tu barco puede salir antes y regresar sin prisas con su tripulación ordinaria.

—Agradezco mucho tu ofrecimiento y lo acepto gustosa, porque el tiempo juega contra mis propósitos.

#### §

—¿Desde cuándo no ves a tu abuelo Utu? —preguntó uno.

—Desde la última vez que estuve en su nave y eso ya fue hace cuatro años. Dijo que tenía que ausentarse de este sistema durante un tiempo —dijo Astraía.

—Sí, estamos al tanto de ello —dijo el rey—. Está supuesto a regresar sobre mediados de año. De no ser así, es muy

probable que se encargase de Erra él mismo para vengar a su hija. El caso es que tampoco tu padre se encuentra o él sí que ya estaría vengando también la muerte de Nindiala. De seguro que no dejaría una sola nave de los ordazgos que estén en este sistema. ¿Ya lo saben los dos o aún no?

—Asumo que han de saberlo. Porque en cuanto el Gran Ojo detectó el daño mortal que se le causó a mi madre envié los avisos, al igual que lo hizo a las señoras de los sueños. También les habrá advertido que una mujer cualquiera se lo colocó, aunque haya sido brevemente, y que ahora soy yo quien lo llevo. Anshba Kar se encuentra infinitamente más lejos de esta galaxia, según tengo entendido; pero asumo que si ya no lo sabe lo hará muy pronto.

»Yo no tengo la menor idea de cuánto tiempo puede llevar a una señal del Gran Ojo llegar al planeta Zron, de donde es originaria la raza de los ulhgos, aunque están diseminados por toda su enorme galaxia masiva. O que sea captada por alguna de sus naves y le avisen a él, o como esté previsto que sea eso, porque no estoy al tanto de esos detalles. En ese sentido es poco lo que sé, tan solo lo que mi padre me ha referido y él tampoco sabe mucho de ello.

—Sí, es muy poco lo que conocemos de Anshba Kar y de su raza de un nivel tan elevado —dijo el rey.

—Por más que le he dado vueltas —comentó otro—, aún no concibo cómo es que se puede venir desde un lugar que está hacia el centro del universo, nada menos que a treinta y ocho mil millones de años luz, por lo que sabemos al respecto y según el cómputo de años terrestres.

Otro preguntó, más como una reflexión:

—¿Cuánto tiempo podrá llevar a los ulhgos realizar un viaje de tal magnitud?



—Buena pregunta. Incluso para las naves estelares de Utu y de An serían necesarias muchas generaciones, milenios. Por más que los ulhgos sean los seres conocidos más evolucionados y que sus naves y tecnología nos resulten absolutamente asombrosas e incomprensibles, que pueden usar antimateria, energía oscura, plasma de estrellas y otros muchos medios, yo sigo sin poder hacerme una idea somera. Es tan sumamente poco lo que sabemos de ellos que de no haber sido por la presencia de Anshba Kar, allá en el año 3994 cuando el asunto de su hija Amaningine-Gula, aún desconoceríamos por completo su existencia. Ha de haber tantísimas razas.

—Sí, tan ignorantes como de la existencia de esos dos seres divinos a los que ellos denominan los *Creadores de universos*, que por estos lados ninguna de las razas que conocemos ha escuchado mencionar tan siquiera.

Otro de ellos dijo:

—Si es que del universo conocemos malamente una parte ínfima de esta galaxia, que ni siquiera hemos llegado al núcleo, cuanto más al otro extremo. Y poco más conocemos de las galaxias más cercanas. Ni los arturianos, pleyadianos y los andromedanos tienen una tecnología que les pueda permitir llegar a una galaxia tan sumamente lejana como la de los ulhgos. La sola mención de la enorme distancia a la que se encuentra es ya de por sí difícil de concebir. Ni siquiera los del Sistema Centaruri podrían.

—No sé si acaso los ocultos y tan poco conocidos silogos estén en capacidad de hacer semejante viaje, en un tiempo de vida razonable. De modo que ¿qué nos queda a los demás?

El rey señaló a unas mujeres en un lado y dijo a Astraía:

—Ellas se ocuparán de llevarte hasta tus aposentos con tus acompañantes. Ya tendremos tiempo para conversar.

—Muchas gracias. Conmigo viaja un matrimonio con tres hijos. Ella es mística y él artesano. Los sacamos de Dyanet para evitar que la reina los matara. Yo quería solicitar que los acogierais en esta ciudad o yo me los llevaré a Ugarit.

—Será como lo solicitas. Toda mística es bienvenida.

Φ

FIN DE LOS CAPÍTULOOS DE VISTA PREVIA

## Otras obras del autor.

### NOVELAS.

#### *Tetralogía Almas Gemelas:*

Primera parte.

*Faysal al-Akram, el jeque.*

ISBN 13: 1798729496.

Segunda parte.

*Amina y Zábir.*

Tomo I: *La búsqueda.*

ISBN 13: 978-1091023697.

Tercera parte.

*La comunión de los ángeles.*

ISBN 13:978-1478250432.

Cuarta parte.

*Amanón.*

ISBN-13: 9781701737587.

*La perla de Tánger.*

Tomo I: ISBN 13: 978-1696876674.

*La rosa de Tanger.*

Tomo I: ISBN-13: 978-1797947815.

*Toda una vida sin ti.*

Tomo I: *La traductora de árabe.*

ISBN-13: 978-1797409849.

*La mina del espíritu errante.*

ISBN 13: 978-1477591550.

## CUENTOS.

*Cuentos De gatos, trenes y un dragón.*

ISBN 13: 978-1492368656.

*El hombre de la bicicleta rosa y otros cuentos.*

ISBN 13: 978-1496154514.

## POEMARIOS.

*Los molinos de mi mente.* Antología poética.

ISBN 13: 978-1720127116.

Todas las obras se encuentran disponibles a través de las plataformas de Amazon.

Amazon Autor Central:

[www.amazon.com/author/jalfredodiaz](http://www.amazon.com/author/jalfredodiaz)

Más información sobre las obras y material adicional en el sitio Web del autor:

[www.alfredodiazgarcia.com](http://www.alfredodiazgarcia.com)



